

# La Voz de Alicante

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Alicante, un mes, 125 pesetas.

En el resto de España, trimestre, 45 pesetas.

Número suelto, 5 centimos.

## CON CENSURA ECLESIASTICA

Sábado 10 de Octubre de 1908

## NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS

## REDACCION Y ADMINISTRACION

SAN FERNANDO, 34, BAJO

La correspondencia al Administrador

Núm. 1.714

Apartado núm. 82

## Diario de un reporter

Oh sublime candidez de las almas púcas, ingenuas y codiciosas! Todos los días estamos leyendo relatos de timos de los en esta clásica tierra del engaño, la flor, el truco y la estafa, sin que la repetición y constancia de los tales accesorios aprovechan a nadie para el escarmiento y la enmienda, que nacen del saludable temor a la picardía andante española, tan numerosa hoy como en los mejores tiempos de Quevedo, de Mateo Alemán, de Hurtado de Mendoza, del maestro Espinel y del licenciado Castillo y Solorzano.

En Cádiz, tierra clásica de caballistas, cuatros y randas de todos estilos, unos señores timadores han engañado a una alma de Dios. Es un pobre hombre que posee siete mil pesetas y unas ganas terribles de aumentarlas, vendiéndole por dicha suma una guitarra perfeccionada, con atrezzo a una figura novísimo, que ya verán ustedes como se impone entre la gente del bicho, el timo y el atraco.

La nueva guitarra no fabrica monedas de oro como las guitarras antiguas. Esta fabrica billetes de Banco, hermosos Quevedos, Echegarays y Velázquez, de cinco, diez y veinte duros. Es una guitarra preciosa, formada de mármol, con tornillos y cierres niquelados, elegantesima. Todo el secreto consiste en recortar un papel cualquiera, lo mismo de barbas que de envolver sardinas, al tamaño del billete de Banco que se deseé. Se introduce el papelito por una ranura. Se dan dos golpes de tornillo, se oye un golpe, se echa luego un poco de tinta por un embudo que el aparato tiene en la parte superior y se deja reposar el instrumento de cinco a diez minutos, al cabo de los cuales se abre la guitarra y se encuentra dentro un hermosísimo Velázquez, con la fragua de Vulcano y todo, perfectamente legítimo, tan legítimo que el Banco lo cambia enseguida. ¡Como que es un billete auténtico!

El pobre hombre casi se vuelve loco de alegría. Dijo sus siete mil pesetas y más hubiera dado si tuviera. El sentimiento vino luego cuando el comprador se quedó solo y probó a fabricar los billetes que había visto fabricar con tanta facilidad a los vendedores. ¡No pudo hacer uno solo! Y entonces cayó en la cuenta de sus siete mil pesetas perdidas y de los andaces ladrones que también se han perdido, porque ni policía ni nadie ha podido dar con ellos.

## EL DÍA DEL SEÑOR

— Esto es escandaloso... inaudito... Esto es a la vista del cielo...

La voz de Margarita era la que así gritaba por el pasillo. Y al oírla, papá se levantó de la mesa de su despacho disponiéndose a salir. Mas la voz de Margarita entabla ya invadiendo la severa tranquilidad de aquel monumental cuarto de trabajo, de pequeño hombre público de provincias.

— ¡Inaudito... infame... escandaloso...!

— Pero ¿qué es ello, hija mía, qué es ello...? A dónde vas añade al verla en traje de calle.

— No voy — responde ella — vengo ya de misa.

Margarita dejó su rosario y su devocionario sobre una silla, quitóse el velo, arregló con gracioso movimiento de sus finas manos los rizos de su peinado, dardos discretos toquecitos a la chaqueta, a la falda que se ha arrugado un poco, y alzando hacia papá su lindo rostro de mujer, más bien de niña, torna a exclamar:

### LO QUE DIJO UNA MUJER

— Eso es escandaloso... Esto es hacer la burla a Dios... Quién dirá que hoy es domingo?

El padre comprende al fin.

— Ah! y por eso estás así Miro, precisamente cuando tú has venido estaba escribiendo un artículo...

La joven no le dejó seguir. ¿Qué le importa a ella de los artículos que esboza papá? Ahora lo que le importa, lo que atrae su atención de cristiana es lo otro.

— Te extrañas de verme así ante un domingo, ante tantos demingos profanados... Salgo a la calle... ¡Zas!... lo primero que me encuentro... la herrería de allí enfrente abierta ¡por qué? no lo sé... me meto mal que no sonaba el yunque. Luego en una carpintería, abierta a media puerta, un hombre trabajando y un aprendiz,

Sigo andando... dos carros de tres mulas cada uno, cargados hasta arriba, me corta el paso... Sigo andando... una platería, abierta también con su comercio de rosarios y medallas y pilas de agua bendita... Luego, de una casa estaban sacando muebles, de otra salían unas cuantas aprendizas con cajas de sombreros... un taller de planchado en plena furia de trabajo... y a todo esto los vendedores ambulantes de quincalla, los de mil cosas por todas partes.

— Ten en cuenta, hija mía...

— No, si aún falta lo mejor, lo más bonito, aún tengo que decirte que se ve humo de fábricas marchando el cielo y que, esto lo sabes mejor que yo, puesto que

— Preciso atraer al día del Señor?

— Mira, precisamente cuando tú has venido estaba escribiendo un artículo.

— Mas la niña no le escucha.

— Pues papá: si tú y los tuyos que sois mayoría y teniendo en vuestro favor las leyes, no sabéis hacer mas en el concejo...

— Y ante la cara de humilde confusión que inclina el pequeño hombre público — papá se encoje siempre ante los rectos principios de su hija — Margarita calla de pronto. Habrá mostrado demasiada indignación? El, ante ese silencio, se repone y dice una vez más:

— Cuando tú has venido estaba yo escribiendo un artículo en pro del descanso dominical. Ya ves que estoy contigo. Por fin ha podido decirlo todo.

— ¿Conmigo? — salta ella — gen pro del descanso dominical? ¡No dirías mejor en pro de la ley, que es hipócrita e imperfecto y no hace ningún caso del precepto de Dios?

— Lee, lee mis cuartillas — replica él tomado unas de la mesa.

— Pero, papá, si no las entenderé; si ya sé que hablan de «credencia obrera» y «humanitarismo universal» y «conquista de derechos»; si ya supongo que hasta defenderás lo del cierre de las tabernas,

— Pues entonces, ¡por qué estás enfadada conmigo?

— ¡Qué se habla de enfadar con él, pobre rico, colosal burgués forrado de hombre de acción, pero de una acción ridícula, necio vulgar, que al fin era su padre! Ella, empeñada en no ver de él más que

el lado bueno; el lado del padre á quien los hijos deben respetar y querer; él, continuamente, insistentemente, mostrándolo su lado risible, la faceta falsa de su cerebro, la vulgaridad de su alma, vulgaridad que era tan grande...

— Hija mía, hay que cerrar los ojos, hay que conformarse, esa es la vida.

— Con qué dosis de ironía podía responder á ese necio lugar común. Mas se contentó ella con decir:

— Si Jesucristo se hubiera conformado con la vida, ¡bien estaríamos!

Y va recogiendo sus libros, su mantilla, su rosario.

— Hasta luego, papá.

— Adiós, hija. Pero conste que aquí en esta casa no somos como los otros. Aquí sabemos guardar las fiestas.

Margarita se detuvo en medio del despacho, sus ojos brillaron con una luz extraña, su frente, siempre tan tersa, se contrajo.

— Preludios de tempestad? Tal vez. Y los muebles del monumental despacho parecían temblar, el rojo de la tapicería palidecía de emoción, las risueñas acuarelas de las paredes esturbiaban sus paisajes ante el viento loco que creían oyía; los libros, en lo alto de sus estantes, se apretaban con nueva fuerza unos a otros, encogidos de espanto...

Y sin embargo, no fué la mujer, no fué la niña vivaracha y nerviosa, la que habló, fué la cristiana.

— Estás seguro de que aquí se guardan bien las fiestas? Podremos decir un día: Señor: miyo he profanado el domingo, ni los que me rodean lo han profanado por mi culpa? ¡Ay, muy buenos, muy devotos, muy alegres hacia la iglesia en el día del descanso, sin fijarnos en que

muchos hermanos nuestros, por servirnos a nosotros, no pedían seguir ese camino que lleva a Dios...

— Mujer, yo no sé... — murmura él.

— ¿No sabes?... Pregúntalo á la mujer que nos trae el pan por la mañana y á los que lo hacen durante la noche; pregunta á la lechera y al cartero y al que

trae el periódico... y á veces á la planchadora y al aprendiz del zapatero y á la oficiala de la modista y á tu sastre... y á tus escribientes que los tienes aquí sujetos muchos días de fiesta por la tarde...

— Es que sólo los ricos pueden desansar! Es que el santificado el día del Señor no obliga a todos?

— Sin duda quieres tú que descansemos á la moda protestante? — pregunta él muy ufano por haber encontrado tan fiero argumento.

Margarita se fué sin contestarle nada. Para qué?

Una hora después, la joven vuelve entrando en el despacho.

— Papá, ahí fuera está el peluquero... oye — añade, timidamente — ¿quieres que le diga que no lo necesitas hoy?

— ¿Por qué? — pregunta él sin acordarse ya de lo que antes hablaron.

— ¡Pobre mozo! Demasiado tendrá que trabajar, hoy á pesar de ser domingo...

— Quieres que le diga que tiene libre esta media hora? Si tú no te estrees se lo diré yo como coserma... Tal vez no ha

ya podido ir á misa. Que no trabaje hoy por tu culpa... Te lo agradecería él tanto... y yo también, y Dios...

— ¡Pero, hija...

— Además, ¿no te afeitaste ayer? Anda, te digo que se vaya!

— Papá — el magnífico señor que esceja y escribe artículos que cantan dedicaciones obreras — duda un poco, solo un poco...

Luego exclama coa hermoso gesto trágico:

— ¡Qué seña del mundo si imperasen en él tus tentativas! Déjame en paz, mujer, déjame en paz con tus florecitas. Acabarás por volverme loco...

— Entonces le digo que pasé á tu cuarto...

— Si, voy allá al momento.

— Tienes razón — dice ella tristemente — me habla olvidado de que en el día del Señor no te gusta la moda protestante...

J. LE BRUN.

## LO QUE DIJO UNA MUJER

«Mi vida es una verdadera odisea; mi historia es el trágico compendio de la historia contemporánea.

En mí está la clave de muchos misterios; laclaración de muchos secretos.

No se si hago esta declaración con orgullo ó con terror. Oírtamente que halaga un poco mi vanidad verme tan solicitada, ser la reina indiscutible, la supremo razón de la vida moderna... No me envidies; me atormenta cruelmente la idea de fomentar tantas luchas, de excitar tantas pasiones, tantos odios... Tengo muchos crímenes sobre mi conciencia!

Muy joven aún, casi niña, con mi faz resplandeciente todavía, ya surcaba mi frente la arruga de la desilusión, ¡había rodado tanto por el mundo! ¡había apren-

teado, mientras decían casi á un mismo tiempo...

— De veras! ¡Quinta va á alegrarse mamá!

Pero Isabel quedó muda y sin acción, al notar el fruncimiento de cejas que su vista produjo en el Marqués.

Aquella vaga luz que penetraba por los dos anchos balcones, no permitía distinguir los detalles; sólo pudo hacerse cargo de que en la habitación había varias personas que sentadas ó en pie cerca de los balcones, parecían volverse para tratar de ver á los recién venidos.

Las rojas llamas que se alzaban de la leña engendrada en la chimenea, daban un extraño aspecto á la habitación iluminada por bajo, y dejando en la penumbra la parte alta. Más allá de las visitadas encendió una cerilla y con ella las velas del piano, en espera de que se acercaran los demás, tan impacientemente aguardada, y con la luz pudieron hacerse cargo uno de otros.

— Señoritas, dijo don Juan Manuel, procediendo desde luego á las presentaciones, tengo el honor de acompañar á su prima de ustedes, el señor Marqués del Torreto que deseaba conocerlas.

— Regularmente, señorita, contestó el Marqués inclinándose don cortés; mi objeto en este viaje es el de reposar mis salas; si esto es posible, y las enfermedades suelen ser más rápidas en Huelva, que en abandonarnos.

— Si alguien nos ha dicho que viene usted deliciado. Pues este pueblo es bastante sano, y ese que sus aguas no tienen nada de buenas; más no pediremos de usted del estómago, le probara bien Dios mediante.

## Teléfono de LA VOZ DE ALICANTE

## SIN REMEDIO...

NOVELA DE COSTUMBRES

DE

MICHELA PENARANDA Y LIMA

que hay muchas ocasiones en que el pro-

cur morfosis quanto pueda á mi se-

mejantes. Verdad es que e los empeza-

ron comigo, añadió margenamente.

— Sin embargo, no alabo el sistema;

— a nadie Juan Manuel, no te can-

— No era buena la señora Marquesa,

que este en el diablo.

— En ese caso, replicó el Mar-

qués, con viveza; da madre; era mu-

cho, que tampoco para mí tenía, par-

par, en fin, señor Marqués sin salir

de este rincón, que quiere usted decir

que motivos le hemos dado mi exelen-

te

que este en el diablo.

— Pues lejos había ya á la citada hora y así no pudo el Marqués formarse una

completa idea de la entrada de aquella

casa, aunque notó la cancelería de hierro

que daba paso al anchuroso patio al que

atravesaron por uno de sus angulos

para subir la escalera espaciosa, cuyo





